

COLECCIÓN TIERRA FIRME

---

PASAJE A ORIENTE

Coordinación de la Serie viajeros  
ALEJANDRA LAERA

MARTÍN CAPARRÓS - EDGARDO COZARINSKY  
RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN - RICARDO GÜIRALDES  
LUCIO V. MANSILLA - MARÍA MARTOCCIA - MARÍA MORENO  
PASTOR S. OBLIGADO - RODOLFO RABANAL  
JORGE MAX ROHDE - RAÚL ROSSETTI  
MATILDE SÁNCHEZ - DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO  
PABLO SCHANTON - MATÍAS SERRA BRADFORD  
ANNA-KAZUMI STAHL - EDUARDO WILDE

## PASAJE A ORIENTE

Narrativa de viajes  
de escritores argentinos

Selección y prólogo de María Sonia Cristoff



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2009

---

Pasaje a Oriente: narrativa de viajes de escritores argentinos /  
compilado por María Sonia Cristoff; con prólogo de María  
Sonia Cristoff. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura  
Económica, 2009.

424 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-824-5

1. Relatos de Viaje. I. Cristoff, María Sonia, comp. II. Cristoff,  
María Sonia, prolog.  
CDD 910.4

---

Diseño de tapa: Juan Balaguer

D.R. © 2009, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-824-5

Comentarios y sugerencias:  
editorial@fce.com.ar

Esta edición se terminó de imprimir en septiembre  
de 2009 en los Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444,  
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

## ÍNDICE

*El viaje dislocante*, María Sonia Cristoff ..... 11

### I. REFLEXIONES EN VIAJE

*África. Carta a Juan Thompson*,  
Domingo Faustino Sarmiento..... 63

*Jerusalem*,  
Jorge Max Rohde..... 115

*En Shanghai (fragmentos)*,  
Raúl González Tuñón ..... 131

*A Valéry Larbaud (en la isla de Elba). Carta europea*,  
Ricardo Güiraldes..... 153

*Samsara (fragmentos)*,  
Raúl Rossetti ..... 161

*5-12-07. Al estilo post de blog*,  
Pablo Schanton ..... 177

*La pertinencia de una llave extraña*,  
Anna-Kazumi Stahl ..... 183

## II. APUNTES NÓMADES

<i>¡¡¡Las Pirámides!!!</i>	
Pastor S. Obligado.....	203
<i>Jerusalem,</i>	
Eduardo Wilde.....	223
<i>Yokohama. La travesía (fragmentos),</i>	
Eduardo Wilde.....	229
<i>Tokio (fragmentos),</i>	
Eduardo Wilde.....	241
<i>El desierto amarillo y el mundo flotante,</i>	
Rodolfo Rabanal.....	245
<i>Diario de viaje: Primavera del 97 en Jerusalén,</i>	
Rodolfo Rabanal.....	249
<i>Niponas,</i>	
Martín Caparrós.....	259
<i>Bangkok, '92,</i>	
Matilde Sánchez.....	273
<i>Días de Beirut,</i>	
Edgardo Cozarinsky.....	281

## III. FICCIONES DE VIAJE

<i>En Chandernagor,</i>	
Lucio V. Mansilla.....	303
<i>El hombre de Chandernagor,</i>	
Lucio V. Mansilla.....	313
<i>La noche de Chandernagor,</i>	
Lucio V. Mansilla.....	323

<i>Los canis anthus de Chandernagor,</i>	
Lucio V. Mansilla.....	333
<i>Lutan quieta,</i>	
María Martoccia.....	341
<i>En familia [Plaza Djemá el F'ndá],</i>	
María Moreno.....	357
<i>Diario de un invierno en Tokio,</i>	
Matías Serra Bradford.....	395

## EL VIAJE DISLOCANTE

María Sonia Cristoff

*¿Oriente? ¿Qué Oriente?*

En la mesa de un restaurante de Santiago del Estero, adonde ha ido a curar su asma, Witold Gombrowicz se aburre. Las declamaciones nacionalistas del personaje que preside su mesa –uno de esos señores con poder y boato oratorio que suelen ser centro de reuniones en tantas provincias argentinas– provocan la deriva de su atención, que finalmente se posa en una mesa cercana, en la que están sentados una muchacha y “un joven semejante a Rodolfo Valentino”, el ícono oriental que Hollywood nos legó. En una entrada previa de su *Diario argentino* dedicada a esa estadía santiagueña, mientras también se aburre de otra versión del discurso antiimperialista, esta vez en un café, Gombrowicz se pierde en los rostros y figuras que tiene alrededor, especialmente en “una maravilla-de-muchacha-odalisca-hurí” que conduce a un ciego entre las mesas. Ese café, apunta en junio de 1958, “huele a Oriente”. Además de esas escenas en mesas de bares o restaurantes, la visita al norte argentino de este escritor europeo en el exilio tiene varios otros episodios de reminiscencias orientales. Detallarlos o explicarlos no viene al caso aquí,

aunque sí señalar que por otras vías –la narración literaria– y con otro propósito –la narración literaria–, Gombrowicz está adelantando lo que los estudios culturales y ciertas zonas de las ciencias sociales postularían, a sus maneras, décadas más tarde: ráfagas de Oriente pueden sorprendernos en lo que llamamos Occidente.

Y viceversa. En un texto de principios de 2009 escrito a partir de un viaje por China y Japón, Néstor García Canclini va refiriendo las distintas instancias de encuentro con Occidente que su recorrido le depara: las grandes cadenas de hoteles, la organización del espacio urbano, las discusiones planteadas por el arte contemporáneo, la presencia de empresas transnacionales. El título de su texto, “Nuestro Ex Lejano Oriente: China y Japón”, adelanta el rumbo de su hipótesis, en la que la tradicional antinomia Oriente-Occidente se disipa frente a la interdependencia –política, comercial, cultural– que percibe entre América Latina, Europa, Estados Unidos y los dos países asiáticos que recorre durante tres semanas de viaje. Esta circulación fluida entre ambas entidades que García Canclini observa con el detalle que propicia la crónica se inscribe en la línea de lo que James Clifford plantea en *Dilemas de la cultura*:

Cuando hablamos hoy de Occidente por lo común nos estamos refiriendo a una fuerza –tecnológica, económica, política– que ya no se irradia en una forma simple de un centro geográfico o de un centro cultural discreto. Esta fuerza, si es que podemos hablar de ella en singular, se disemina en una variedad de formas desde centros múltiples –que ahora incluyen a Japón, Australia, la Unión Soviética y China– y se articulan en una variedad de contextos “microsociológicos”.

Precusores de esta mirada ecléctica, socavadora de la antinomia Oriente-Occidente, son los viajeros que, a partir de un inteligente *flash-back*, la investigadora Patricia Almárcegui rescata del siglo XVIII en *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente* para demostrar que ya entonces, en algunos casos aislados, los viajeros criticaban ciertos aspectos de Oriente como estrategia para cuestionar veladamente conflictos de igual naturaleza en su sociedad europea de origen.

Estas miradas –que proponen una versión de Oriente en tanto entidad porosa, rastreable en Occidente y, a partir de allí, la disolución de una antinomia tan funcional como perniciosa– discuten y reformulan algunas de las propuestas de Edward Said en *Orientalismo*, ensayo que supo ser polémico cuando se publicó, en 1978, y que hoy sigue siendo fundamental para entender de qué hablamos cuando hablamos de Oriente. A partir de un análisis meticuloso de las estrategias de la disciplina orientalista europea –y en menor medida estadounidense–, Said demostró cómo Occidente, en consonancia con sus ambiciones coloniales, creó un Oriente “a su medida”: definido, por ende, por la barbarie, la pereza, el fanatismo religioso, el estancamiento, la sexualidad desenfrenada y la sensualidad estereotipada. Este Oriente que, podríamos decir, no es más que la suma de todos los miedos culturales y de las ambiciones coloniales de Occidente, ha permitido al occidental, dice Said, definirse por su contrario. *Orientalismo* fue clave para dejar de entender a Oriente como “una realidad” y pensarlo, en cambio, como una construcción occidental y nada inocente. Lo que no evita que muchas de estas reformulaciones sean opacadas o directamente ignoradas en las argumentaciones que todavía sustentan muchos discursos de políticos o en los prejuicios que alimentan muchos exabruptos del lugar común. Detener-

nos en la pregunta –más proustiana que shakespeareana– por el nombre del lugar es una forma de evitar la naturalización de Oriente que subyace en esos extremos burdos y también en otras estrategias más sutiles. Aun así, aunque de ahora en adelante no queden ni por un segundo soslayadas las operaciones y falacias que durante siglos implicó el uso de Oriente como término ni la movilidad que el mismo adquiere en las discusiones contemporáneas, cada vez que en este prólogo diga Oriente me abstendré de apelar a comillas y demás recursos de complicidad fatigosa con los que suelen recordarse las discusiones latentes.

### *El viaje dislocante*

Hubo un momento en el que, para completar su formación como futuros dirigentes o notables, los jóvenes de la aristocracia europea estaban obligados a viajar por una serie de países predeterminados, con un circuito de cosas también predeterminadas para ver y aprender. El Grand Tour se lo llamó. En 1768, con su brillantez habitual, Laurence Sterne satiriza en su *Viaje sentimental* ese recorrido de aprendices. Con las diferencias conjeturables, el viaje a Europa fue, hasta mediados del siglo XX, una especie de Grand Tour para los argentinos. Europa como la cultura que completa, forma, instruye, repone lo que falta. Aun en la diversidad planteada por David Viñas en su ya canónica clasificación del viaje a Europa argentino, subyace la carencia como un continuo a subsanar para terminar de ser, para completar una identidad (incluso una instancia de rechazo a Europa como la que Viñas ve en Güiraldes puede leerse en términos de una carencia que derivó en empa-

lagamiento, en sobredosis). El factor geopolítico es crucial en ese estado de las cosas: las distintas formas de la colonización ejercidas por Europa sobre la Argentina, y sobre América Latina en general, plantearon un modelo y una tradición de tronco común que, para copiar o para discutir, había que ir a conocer en sus fuentes. Por ese peso del factor geopolítico –por la forma en que lo evidencian– es que los relatos de viaje suelen ser, aun en sus formas más disímiles, una especie de carta a los poderes.

No es de extrañar entonces que sea ese factor el que establece una de las diferencias clave entre el viaje argentino a Europa y el viaje a argentino a Oriente: en este último, la relación colonial está ausente. Abolido el sendero que traza el modelo –con lo que éste tiene para imponer pero también para otorgar–, queda entonces, en el caso del viaje argentino a Oriente, una suerte de vacío de tradición y, con él, un terreno mucho más propicio para el eclecticismo. Ya no se viaja para completarse, con lo cual el escritor puede encontrar sus propios desvíos al protocolo del viaje edificante europeo. Los lugares que hay que ver, los mitos que hay que derribar, los rasgos culturales que hay que imitar, los otros a quienes hay que citar o desdecir: todo un listado de sobreentendidos, tan presente en el viaje a Europa, se desbarata, se desordena, da lugar a otras combinaciones. Incluso el escritor puede permitirse no saber bien para qué viaja y construir desde esa zona borrosa su relato. La carencia no está en juego –o al menos, no lo está en términos de cultura nacional–. En ese punto, el relato de viaje a Oriente, aunque no necesariamente sea una pieza de exotismo, implica algo que la investigadora Beatriz Colombi señala como virtud del exotismo de fines del siglo XIX entre escritores latinoamericanos: su función “liberadora del gravamen de lo nacional”.

Y liberadora también de la bibliografía obligatoria: al ser una ruta inusual en la tradición argentina, el viaje a Oriente permite que cada viajero haga una selección bastante ecléctica en lo que llamo *la fase leedora* del viaje, esa instancia de lecturas previas que es tan importante como —o tal vez más importante que— la experiencia concreta del viaje. En esa dimensión también hay una toma de distancia obligada con respecto a lo nacional, a las narraciones de los compatriotas: en comparación con la serie profusa de relatos acerca del viaje a Europa —e incluso a Estados Unidos—, entre los argentinos es escasísima la serie del viaje a Oriente. La fase leedora queda entonces mucho menos demarcada, y cada autor la encuentra en la tradición —o en la combinación de tradiciones— que le resulte más próxima. Si bien en algunos escritores actuales esto se expande e incluye obras de la literatura japonesa y latinoamericana, ese Oriente leído ha solido ser, para los argentinos, una traducción hecha antes por escritores europeos (entre quienes, también por motivos geopolíticos, la tradición del viaje a Oriente es profusa), principalmente franceses e ingleses. “Nuestro Oriente es la Europa, y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo”, dice Sarmiento cuando recorre Argelia con un universo mental de lecturas previas que incluye al estratega ilustrado Volney y a románticos como Chateaubriand, Alexandre Dumas y Lamartine.

Frente a esa Europa que —aun mediando prejuicios, copias inconfesadas o inconscientes— se creyó y se cree conocer, y que tradicionalmente se ubicó en el lugar de lo conocido superior, del origen que hay que reivindicar o cuestionar, el viaje argentino a Oriente es un terreno mucho más propicio para dar lugar a eso que un escritor no debe perder nunca de vista: el

desvío —y su consecuente desconcierto—. Algo que Roberto Arlt sintetiza perfectamente en su paso por Tetuán, Marruecos: “*Vagabundeo* por las catacumbas celestes del arrabal moruno. Mi sensibilidad de occidental *se descentra* como en el panorama de un sueño de opio” (las itálicas me pertenecen). Oriente, entonces, como el viaje dislocante frente al viaje edificante que Europa significó en la literatura argentina. Un rasgo que, en la mayor parte de los relatos, se advierte tanto a nivel de la anécdota, del episodio, como, fundamentalmente, en la construcción del yo que narra. Aun teniendo en cuenta las diferencias de contexto que tanto gravitan sobre la crónica de viaje —“these facts of time and place” inevitables a los que se refiere W. H. Auden en su viaje a Islandia—, en el viaje dislocante la primera persona atraviesa siempre, aun desde poéticas e intensidades muy diversas, una instancia de trastocamiento o, en términos de Arlt, de descentramiento.

### *Recuerdos del futuro*

Oriente, a fines del siglo XIX, fue la escenografía perfecta para que algunos autores argentinos comprobaran la eficacia de una ecuación que entonces tenía estatuto de creencia: del pasado vienen señales que aclaran el porvenir. En dos maneras muy disímiles, la ecuación-creencia subyace en las crónicas de Eduardo Wilde y de Pastor Obligado. A este último, en “Balk” el pasado le habla “elocuentemente” a través de las ruinas. Y también a través de los encuentros casuales con la autoridad del lugar que esas ruinas le deparan. En “Las Pirámides”, es otro encuentro casual —esta vez, con una viajera estadounidense en la que se intuye la confluencia de viaje y feminismo



también presente en Mary Wollstonecraft, en Florence Dixie, y en Flora Tristan— el que provoca la síntesis, el que permite que estas ruinas egipcias, además de ligarlo a la autoridad y al pasado, le deparen una ráfaga de porvenir. Lo que esta viajera tiene para decir compete en su relato con la importancia de estas otras ruinas, y hasta llega a obliterarla. Su modo audaz, su postura frente a temas como las políticas inmigratorias, el lugar de la mujer en la sociedad y las diferencias entre los americanos del norte y los del sur se escuchan como un cimbronazo en los oídos de un narrador más acostumbrado a diálogos mentales con Heródoto y Plinio. Ni siquiera el diminutivo o la serie de adjetivos que le prodiga a esta viajera inesperada llegan a mitigar la irrupción que su voz tiene en el andar pausado, en la prosa servicial de Pastor Obligado. Y tal vez de algún modo se ligue ese encuentro inesperado en Egipto con el libro que, cuatro años más tarde, Pastor Obligado publica a partir de un viaje por Estados Unidos, país en el que encuentra un modelo de sociedad futura. La suposición puede ser arriesgada, pero eso no quita que, literariamente hablando, sea tanto más atractiva que enumerar como precursores a los conabidos viajeros argentinos que lo precedieron en esa ruta estadounidense inaugurada por Sarmiento.

En cambio, para Wilde Oriente sí tiene un modelo de futuro, y éste se encuentra en Japón. La modernidad puede surgir no sólo en las nuevas naciones independientes sino también en las sociedades capaces de reconstruirse a partir de un pasado propio y milenario. Mientras en su viaje a Jerusalén se lo ve irónico, desapegado, a medida que se va internando en el Lejano Oriente Wilde va revelando —aun con esa lúcida distancia que le aplica a todas las cosas— un cierto deslumbramiento. Le pasa en cierto modo, aunque su viaje tenga otro signo, lo que

la ensayista Gabriela Nouzeilles observa en varios relatos de estrategias argentinos en la Patagonia (geografía literaria que tiene más de un punto de encuentro con Oriente, aunque ése es otro tema): la región inicial del trayecto —la Patagonia mesetaria, el Medio Oriente en el caso de Wilde— funciona como una introducción no exenta de desencanto e incomodidad, una etapa desértica que es necesario pasar para encontrar más allá —en la Patagonia andina, en el Lejano Oriente— la compensación, el objeto sublime. Eduardo Wilde es el primer autor argentino que escribe sobre ese más allá oriental, y es también uno de los escritores argentinos de su época que por más regiones del mundo viajó. Sus escritos sobre viajes cubren dos de los diecinueve tomos de sus *Obras completas*. En el principio de esos dos tomos, *Viajes y observaciones*, deja claro en su comunicación con *La Prensa*, el diario al que envía sus crónicas, qué tipo de narrativa de viajes puede esperarse de él:

No se asuste mi estimado Director, no voy a contar cómo era el buque, en qué día y a qué hora llegué a Montevideo; si esa ciudad es bonita o fea, cuándo salimos de su rada y cuánto tardamos hasta Río de Janeiro, ni cosas por el estilo. Guárdeme la Divina Providencia y será ésa una de las obras más atinadas que haga, de entrar en descripciones de villas, ciudades o pueblejos: 1º porque todas esas descripciones están llenas de mentiras, 2º porque ya otros las han hecho y 3º porque no quiero, que es la principal razón.

Wilde incluso deja traslucir la posibilidad, como Sarmiento, de escribir relatos de viaje sin moverse de su casa. Ese humor irónico que revela la cita —rasgo que siempre se resalta cuando se habla de su literatura, aunque sea para minimizarlo— reapa-

rece en su texto sobre Jerusalén, especialmente aplicado a él mismo y a la peregrinación religiosa. Jerusalén no funciona para Wilde, a diferencia de Jorge Max Rohde, como la senda del peregrino, sino como el disparador que le permite seguir discutiendo con los férreos opositores católicos que generó en la Argentina después de haber impulsado, desde sus cargos de ministro de Justicia e Instrucción Pública primero y de ministro del Interior más adelante, la aprobación de las leyes de educación laica, de registro civil y de matrimonio civil. A ellos van destinados los párrafos más descreídos de su paso por Jerusalén. A sus oponentes en Argentina van destinadas también las referencias recurrentes al suministro del agua en la ciudad, tema que a Wilde le preocupó como estadista y, un año antes de que apareciera publicado su *Viajes y observaciones*, como protagonista de un escándalo por la privatización de Obras Sanitarias de la ciudad de Buenos Aires. Más que captar su atención, Jerusalén parece devolverlo a las polémicas que quedaron abiertas en su lugar de origen. Esa práctica de rumiante atormentado, que muchas veces lleva a mirar sin ver, desaparece, en cambio, en el relato de Wilde sobre Japón: esa modernidad oriental en plena eclosión, ese mundo nuevo y desconocido que encuentra provoca en él una suspensión de sus polémicas e ironías habituales, un principio de amnesia saludable.

### *El factor místico*

Allen Ginsberg y Los Beatles sobresalen entre la infinidad de peregrinos que en la década del sesenta cimentaron la idea de un “Oriente espiritual” asociado a filosofías yoguis, con base mayoritaria en India: nuevos rumbos, nuevos niveles de concien-

cia los esperaban allí. Sin embargo, fue en Marruecos donde Raúl Rossetti conoció a Timothy Leary, mentor intelectual de tantas de esas búsquedas. Marruecos fue uno de los tantos puntos de Oriente a los que Rossetti viajó con frecuencia durante los veintitrés años –entre 1973 y 1996– en que vivió en Ámsterdam. Buscaba allí lo que Timothy Leary, como Artaud, había buscado en México: la clave que lo liberara de las ataduras de la razón occidental. “El culto a la razón” –dice en el pasaje de *Túnez y otras orillas* en el que rememora una navidad marroquí– “no es más que el culto a la muerte”. Otro de los libros que surgen de esos viajes, *Samsara*, habla de esa búsqueda y habla también de su límite, del punto en que el desprendimiento anhelado se vuelve quimera, se desvanece. El efecto oasis. En *Samsara*, ese límite aparece siempre asociado a encuentros con occidentales de función espejada. Ninguno en esa serie tiene un efecto más contundente que Richard, el inglés con quien hace gran parte del trayecto: a través de él ve no la imposibilidad, sino la insensatez de ser otro. Richard como el antídoto que impide el plan de *perdersse en Oriente* que primaba en el principio del viaje de Rossetti y que resulta definitorio en el viaje de tantos escritores europeos. E incluso como el propiciador de la distancia que se necesita para leer paródicamente, aunque sea por un momento, el desprendimiento –concepto al que *Samsara* vuelve recurrente, por momentos ligado a una profusa bibliografía acerca de sufismo, taoísmo, budismo, hinduismo y epopeyas de la poesía sánscrita–. ¿En qué otra clave, si no paródica, puede leerse el hecho de que esta búsqueda oriental de Rossetti culmine con un suizo que en el viaje de regreso a Holanda le roba todas sus pertenencias? Una parodia tenue, sin embargo, totalmente alejada de la ironía desapegada de otra búsqueda infructuosa en el Lejano Oriente

como tema en “el capítulo europeo” de este relato derivan en una discusión sobre orientalismo a fines del siglo XX que haría palidecer a más de un congreso académico sobre el mismo tema. Cuando Martoccia visita a Lutan en Penang –la misma ciudad de la que huyó Anna Leonowens para construir su personaje de viajera victoriana en Oriente–, comprueba que a la mujer que sembraba la discordia entre los profesores ingleses nada le interesa más que seguir mirando televisión y recordando fotos de la realeza británica para que su madre replique los modelos. *Boomerang* del exotismo: Lutan prepara su disfraz occidental. Durante esa visita, la irritación que a los profesores les provocaba la impasibilidad de Lutan troca en Martoccia por sueño, “que es lo mismo que sentir confianza”. Y, al despertarse de ese sueño, por una cierta desorientación que no descarta el espejismo. Aun hoy, parece decir esta serie de relatos contemporáneos, Oriente sigue siendo, como el Correccaminos, *esa pequeña ráfaga* que se escabulle y trastoca.

\* \* \*

Las crónicas de viaje son escrituras, como se ha visto, donde prima lo híbrido, lo ecléctico. Tres direcciones posibles de ese eclecticismo –la reflexión, el apunte nómada y la ficción– han sido tomadas como ejes para agrupar los relatos que siguen. Aun así, es necesario aclarar que en todos ellos pueden rastrearse no sólo estas tres direcciones sino varias otras de las que surgen en el entrelazado de narración y viaje: esta organización no responde al rasgo excluyente sino al acentuado. He tratado de que la consigna de “no encerrar a Oriente” impulsada por Said se aplique también a esta organización de crónicas de viaje a Oriente.

Desde el punto de vista cronológico, estos relatos van desde mediados del siglo XIX hasta el presente. Y de sus diecisiete autores, diez forman parte de ese presente, lo que por un lado comprueba la expansión, aunque todavía tenue, de una ruta inusual entre escritores argentinos, y por el otro señala el rumbo en el que este volumen intenta ser un aporte: menos a la tradición orientalista argentina que a las narrativas actuales en las que la experiencia del traslado y la del relato confluyen. El viaje a Oriente, con sus distintas instancias dislocantes, puede postularse como el precursor más directo de esas escrituras que, por motivos imposibles de detallar aquí, no llamo relatos de viaje sino *narrativas en tránsito*. Independientemente de cuál sea su recorrido, su tono y su poética, en esas narrativas es un yo descentrado quien narra desde nuestra era de mutaciones veloces y multidireccionales.

Es la construcción de ese yo que narra y protagoniza lo que he focalizado en el análisis de los relatos compilados aquí –los cuales trabajan con la idea de Oriente en tanto construcción literaria, en tanto tópico narrativo que cada autor aborda de acuerdo con su contexto y con su propia poética–. Paralelamente, y siguiendo la lógica de un índice onomástico, he planteado, a partir de la heterogeneidad de los relatos que siguen, una serie de núcleos del viaje a Oriente: su esbozo ha ocupado estas páginas, el análisis de sus infinitas líneas queda en manos de los lectores.

\* \* \*

### *I. Reflexiones en viaje*

**Domingo F. Sarmiento** (1811-1888). Nació en San Juan. Fue periodista, militar, maestro, dependiente de tienda, minero,

## *África. Carta a Juan Thompson\**

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Orán, 2 de enero de 1847.

Señor don Juan Thompson:

El Mediterráneo, “mi viejo amigo de ayer”, según su feliz expresión, ha perdido en estos últimos diez años los restos que aún conservara de su antigua poesía. Los vapores que en líneas rectas lo cruzan, cual si quisieran formar de él un campo divisible en figuras rectilíneas, han contribuido, más que el arte romántico, o el filosofismo, no sólo a destronar a Eolo y mofarse de las Sirtes, Escila y Caribdis, sino que, suprimiendo los piratas berberiscos, y por tanto los cautivos cristianos y las pavorosas mazmorras, han dejado ociosa la caridad de los padres mercedarios, ocupados en otro tiempo en llenar de duros sin tasa aquella cántara de las Danaides. Pero no es esto lo peor aún, sino que los modernos Ulises, que como Dumas y comitiva andan hoy sobre sus olas, a caza de sirenas, islas encantadas y Calipsos que los detengan y embauquen, no sabrán de qué manera ingeniarse para dar principio a la patética narración de sus aventuras. “Negra y densa nube de humo hediondo”, dirán, pongo por caso, “se escapaba de la parda y en-

\* Tomada de *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.

cadena chimenea, revolviéndose en contorsiones delirantes: mugidos extraños lanzaban entre vaporosa espuma aquellas como narices de la caldera; temblaba el barnizado leño cual corcel fogoso, que tasca impaciente el freno. En fin, al prolongado silbido del nauta impertérrito, el desalado buque parte... y... llega a su destino, sin un minuto de retardo”. Ya ve usted que el final de este período es insoportable como estilo, y pálido y trunco como descripción. Decididamente, los vapores con sus doradas cámaras son los vehículos más fastidiosos que el *confort* ha inventado; y ahora que estoy en tierra me huelgo de haber salido de los caminos reales del Mediterráneo y preferido, para visitar el África, la no frecuentada ruta de Mallorca.

No bien atracaba al muelle de Palma el *Mallorquín* que en Barcelona me sustrajo a las distraídas miradas de mis amigos, un temporal se desencadenó sobre la isla, haciéndome guardar la habitación ocho días consecutivos; y eso que en las Baleares las fondas y posadas son una pasable traducción de las *ventas* y *ventorrillos* españoles de angustiada recordación. Gracias si haciendo frente a la lluvia del cielo y al fango de la tierra, podía de vez en cuando asomar las narices a la deliciosa campiña adyacente, cubierta, hasta donde la vista puede alcanzar, de plantíos de almendros, moreras y olivos; o bien guarecerme bajo las bóvedas de la catedral gótica, con restauraciones modernas estúpidamente bárbaras, y en cuyas capillas reposan las cenizas del marqués de la Romana no lejos de las de don Jaime II de Aragón, rey de Mallorca, allá por los años de 1837, según lo indica la inscripción.

Cuando el sol consintió, al fin, en dejarse ver por entre los claros que formaban las inquietas nubes, los *faluchos* clásicos del Mediterráneo empezaron a agitarse en el puerto, disponiéndose a tender sus velas latinas a merced de cualquier

viento que quisiese sacarlos de tan prolongada inacción. Aconsejado por el fastidio, yo hice contratar mi pasaje para Argel en un *laut* que se anunciaba como el más velero de las islas, contrabandista de nacimiento, y retirado a mejor vida, después que los argos humeantes de la aduana guardan la costa de Barcelona. Una travesía en un *laut* debía tener sus encantos para el viajero que de luengas tierras viene recargado de nociones históricas, a buscar en Europa como poesía los rastros de la vida antigua. El *laut* es sin duda la embarcación romana; las velas están acusando su origen; y como ninguna novedad ha introducido en su construcción inmejorable la moderna arquitectura naval, hoy es lo que ayer fue y ayer lo que muchos siglos atrás. El momento de la partida llega, y me presento a bordo. ¡Dios mío, qué es lo que veo! Una lancha de diez varas de largo y tan recargada, que los marineros lavaban utensilios inclinándose desde a bordo hacia el mar. Cuento los pasajeros; treinta cerdos ocupan los dos tercios de la cubierta, y en el espacio restante, sobre una pirámide de fardos, pipas y envoltorios, deben acomodarse tres mujeres, cuatro marineros, cinco pasajeros de bodega, dos perros que no piden permiso para acomodarse en las faldas del primero que se ofrece, amén de pavos y gallinas diez docenas. Compadeciéndome de estos infelices, pregunto yo por mi camarote. “¿Camarote? —me repite el patrón sonriéndose respetuosamente—. Aquí no hay camarotes.” “¿Y dónde he de acomodarme?” “Donde usted guste”, señalándome las gradas que describían las barricas y mercancías. “Pero, ¿y para pasar la noche, si llueve?” “¡Una noche, señor!” “¿Pero habrá cama?” “¡Si usted no trae!”

¡Oh, es imposible describir lo que sufrí en aquel momento! ¡Estaba pálido como una cera! Permanecer quince días quizás en Palma era insoportable. Pero, ¡otra vez pasar a la luna de

Valencia dos noches toledanas por lo menos, en el mar, en el mes de diciembre en medio de las tempestades, sin cama, sin espacio suficiente para cambiar de postura, rodeado de objetos nauseabundos!...

Me embarqué y fui a servir de capitel a una barrica de aceite que quedaba sin coronación. Allí, sepultado bajo los pliegues de mi capa, la mano en la mejilla, he meditado día y noche sobre la inconsistencia y las vicisitudes de las cosas humanas; y si como Rousseau hubiese escrito una memoria sobre el tema propuesto por la Academia de Dijón, no se habría él llevado el premio a buen seguro, ni quedado probado que la civilización y las comodidades de la vida han corrompido la naturaleza humana.

De cuando en cuando era interrumpido por el berreo de la cerdosa turba, que, agrupada en un costado de la frágil barquilla, ya sea por espíritu de asociación ya por garantizarse contra los ataques del frío, según aquel axioma, “la unión constituye la fuerza”, protestaba altamente contra la violencia que la férula del poder le hacía, a fin de que se dispersase sobre cubierta. Y, en efecto, sin esta medida contra las reuniones o *atropamientos*, corría, al menor soplo de la brisa, riesgo de zozobrar la sociedad entera. ¡Pero qué alboroto en las filas de aquella oposición! ¡No parecía sino que la opinión pública alzaba su clamor contra el doble enlace español o la supresión de Cracovia!

Cuando la efervescencia de los espíritus se apaciguaba, restableciéndose la tranquilidad en nuestra flotante república, los marineros contaban historias de la vida de contrabandistas que habían llevado, a las cuales, por no quedarse atrás, algunos de los pasajeros correspondían con otras no menos picantes y novedosas de cuando ellos habían sido presidiarios en Ceuta.

Debo decir, sin embargo, en desagravio a mis compañeros, que en lo cariacontecido y mohíno de mi figura reconocieron bien pronto que era algún alto personaje, siendo por tanto el objeto de la asiduidad y atención de aquellas buenas gentes.

No le contaré cuánto he sufrido en estos tres días, que tres y largos fueron. Rascábame, sin que nada visible excitase la coñezón; y durante dos días pude resistir al hambre, tal era la sensación de asco que se había apoderado de mí.

Hay horrores que pueden describirse,  
 “Pero mis sentimientos y congojas  
 Ni escucharlos jamás podréis vosotros”,  
 Ni expresarlos jamás podrá mi boca.

Por fin, la tercera noche entramos en la bahía de Argel, demasiado tarde para desembarcar, pero a tiempo que el temporal se desataba. El viento agudísimo, los saltos que el *laut* daba en torno de su anclote, la lluvia y el granizo, todo se esmeró para hacerme adorables al día siguiente los primeros albos de la mañana, y encantador el singular aspecto de la ciudad, que se presentaba a la vista como un manto blanco extendido, a guisa de albornoz árabe, de alto abajo en la rápida pendiente de una colina.

Estaba, pues, en Argel, que desde Chile formaba parte muy notable de mi programa de viaje, y a medida que ascendía los escalones que forman las calles, la variedad de trajes, la multiplicidad de los idiomas y la mezcla de pueblos y de razas humanas excitando la curiosidad, me hacían olvidar toda las tribulaciones que hasta entonces tenía experimentadas. Argel basta, con efecto, para darnos una idea de las costumbres y modos de ser de los orientales que en cuanto al Oriente, que